



DIANA.

PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de***.—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia de los pesares del hombre.—Indecisión.

Después de un año de silencio, ausente
Del suelo donde vi la luz primera,
Por si olvidar consigo en mis viajes
Los pesares que el ánimo atormentan,
Te escribo estos renglones, caro amigo,
Desde el recinto de una antigua selva,
En la risueña quinta adonde entrada
Tu bondadosa epístola me diera.
La sociedad dejando y su bullicio
Que sin cesar los días me recuerdan
En que amaba a esa joven malograda
Que reclinó en la tumba su cabeza,
Contaba con la paz de tal recinto
Para entregarme todo a mis ideas

De aislamiento y dolor, porque los años
Nunca a borrar nuestros pesares llegan!

Habrás leído, como yo, mil veces
Con avidez las descripciones bellas
De las quintas que en Nápoles a orillas
Del sosegado extenso mar se elevan,
Y cuyo blanco pie lamen las olas
Que el naranjo odorífero sombrea.
Las recordé cuando mis ojos vieron
La hospitalaria quinta: a su derecha
En alfombra de musgo reposaba,
De la colina al pie, laguna extensa,
Que las blancas paredes y los árboles
Y el cielo azul purísimo refleja:
Ocupan a la izquierda vasto llano
Los naranjos sembrados en hileras:
Si en la tarde los hiere el sol, dibújanse
En el suelo sus sombras gigantescas:
Crece en los sitios húmedos el loto,
Con el liquen adórnanse las cercas,
Y la pequeña *rosa trepadora*
A su pie nace y se reclina en ellas.

Poco después, de la tranquila casa
A la puerta llamé con mano trémula:
La voz de una campana el ancho espacio
De vibraciones argentinas llena.
A abrir entonces baja el dueño mismo
A cuyo buen humor me recomiendas:

Entreguéle tu carta, y el anciano,
No bien sus ojos ha fijado en ella,
Cuando me dice: «Entrad; es un amigo
Quien hoy a mi familia así os presenta;
Vuestro nombre, además, ya conocía;
Os apreciaba, y esta casa es vuestra.»
El frondoso jardín atravesamos,
El corredor extenso que diversas
Pinturas antiquísimas decoran;
Llego a la sala y me introduzco en ella.
De una mujer (cuya beldad los años,
A pesar de su número, respetan)
En torno, cuatro jóvenes gallardas
Con distracción a su labor se entregan:
Todas a mi saludo corresponden
Cuando el anciano presentóme a ellas,
Y a su vez señalándolas me dice:
«La señora es mi esposa: ésta, Gabriela,
La mayor de mis hijas: Guadalupe
Y Angela aquellas son....De vos muy cerca
A Diana tenéis, joven muy rara,
Presas de mil románticas ideas.»
De grana se cubrieron las mejillas
De esta niña gentil: junta las cejas:
De sus azules ojos la mirada
Eclipsa entonces su pestaña crespas,
Y el alfombrado pavimento hiere,
Como dando señales de impaciencia,
Con el extremo de su pie, calzado
De coturno finísimo de seda.

No te puedo decir lo que en mi alma
 Pasó al mirarla, amigo: me avergüenza
 La sola idea de que yo la amo
 Cuando un recuerdo amar sólo debiera;
 Y es inútil luchar, porque ya el fuego
 De inextinguible amor mi pecho quema.
 Ella también ¡si vieras! su mirada,
 Que ardiente luz angelical destella,
 Detener suele en mí por un instante,
 Llena de compasión a mi tristeza.
 Yo no se cómo entonces no me arrojé
 A sus plantas contándole mis penas.
 Oh! dime, amigo mío, dime presto
 ¿Qué a mi agitado espíritu aconsejas?
 Quisiera abandonar estos lugares
 Donde todo es amor, donde las selvas
 Me repiten su nombre; do en el viento
 A mí el perfume de sus labios llega,
 Y un cielo eternamente despejado,
 Cual su pupila azul, me la recuerda:
 Dejar quisiera esta preciosa quinta
 Y me detengo a mi pesar en ella.
 No creas en la noche solitaria
 Ver ante mí las páginas abiertas
 Del libro que refiere las angustias
 Del santo Job, de ese inmortal poeta,
 Do la expresión de mi dolor leía
 Pasando en meditar horas enteras.
 Giran mis ojos sobre el libro, acaso
 Sin que nada mi espíritu comprenda:

Quiero dormir para olvidar su imagen,
 Y el sueño de mis párpados se aleja:
 Abro la puerta de mi alcoba; salgo
 A disfrutar la calma placentera
 De la callada noche: al Occidente
 Llena de majestad la luna llega:
 Todo en silencio yace: algún ladrido,
 Quizá el rumor de un árbol que en la selva
 Trónchase al grave peso de los años,
 Se escucha sólo, y mi delirio en vela
 De una mujer la imagen a mi vista
 Poniendo está, y esa mujer es ELLA.

Dime si debo amarla cuando habito
 Bajo su mismo techo; si no espera
 La vergüenza a mi amor cuando el anciano
 Que con suma bondad aquí me hospeda,
 Sepa que, pobre y sin ventura, anhele
 El dueño ser de tan valiosa perla.
 Dime si debo amarla cuando sigue
 La desgracia mis pasos tan de cerca,
 Que la joven que tanto me quería
 Duerme en silencio ya bajo la tierra.
 Dime si es dable que retoñe el árbol
 Del corazón que el desengaño seca,
 Cuando sus ilusiones y esperanzas
 Como el humo fugaz fueron deshechas.

Adiós: mi esfuerzo romperá, lo espero,
 De un peligroso afecto las cadenas:

Mi alma gemirá; pero ¿qué importa
 Si siempre halló contradicción doquiera?
 ¡Diana! su imagen torna a visitarme....
 ¡Tan inocente, tan feliz, tan bella!
 ¿Puedo yo renunciar a su ternura?
 ¿Puedo apagar la luz de mi existencia?
 ¿Puede la pluma que en el aire vaga
 Tomar la dirección que ella desea?
 Se agita y lucha; mas su error conoce
 Y a su destino, como yo, se entrega.

TU AMIGO CARLOS.

II.

Carácter físico y moral de la protagonista. — Estado actual de
 su corazón.

Como el perfume de entreabierta rosa,
 Cual la primera luz de la mañana
 Cuando aparece en el Oriente hermosa,
 Entre la sombra aún, casta es Diana:
 En el regazo maternal dichosa,
 Con el amor de su familia ufana,
 Pacífica resbala su existencia
 Por el jardín de tierna adolescencia.

Y es tal la brillantez de su hermosura,
 De su faz el encanto soberano,
 Que quien de verla alcanza la ventura,
 Beldad que la asemeje busca en vano:
 Del cielo de Colón estrella pura,
 Flor que produjo el suelo americano,
 Que sólo es dado a suelo tan fecundo
 Producir esa flor, gloria del mundo;

La conocí yo mismo en grato día,
 Cuando en la catedral piadosa entraba:
 Traje de seda pérsica vestía
 Que de la Iglesia en el tapiz sonaba:
 Atónita mi vista la seguía,
 Y al recoger su velo ella mostraba
 De su mano de niña la elegante
 Forma, que abulta diminuto guante.

Al armiño su blanca tez iguala,
 Y es del color del oro su cabello
 Si le hiere la luz cuando resbala
 Ondas formando de la frente al cuello:
 Del granado a la flor roban la gala
 Sus peregrinos labios: el destello
 De Venus misma si en la tarde oscila,
 Muere ante el brillo de la azul pupila.

Su noble forma de belleza rara
 Rayo es de luna entre el bosque umbrío,
 Y en lo esbelta a las palmas afrentara
 Que en Siria moja el matinal rocío:

Si su infantil corteza penetrara
El escalpelo de mi examen frío,
Hallara un alma cándida sin duda,
Más hechicera cuanto más desnuda.

Un alma, sí, que hasta su Dios se eleva,
Que ante sus obras santas se extasía
Y que consigo la esperanza lleva
Del cielo en que habitar debe algún día:
Inocente y sencilla como Eva
Cuando no se manchaba todavía,
Roba la luz que de su centro emana
A la estrella gentil de la mañana.

Alma que, al ver la claridad del cielo,
Llénase de entusiasmo soberano,
Y que se forja un mundo de consuelo
De aqueste mundo miserable y vano:
Que hacia la esfera azul remonta el vuelo
Si oye el sonoro acento del piano,
Y allá su mente la grandeza abarca
Del amor puro que inflamó a Petrarca.

Y este amor para ella todavía
Sin forma ni colores aparece,
Alba serena de brillante día
Que el horizonte apenas esclarece.
En sueños suele oír la melodía
De una voz varonil y se estremece....
Despierta....ha visto ante sus pies a un hombre;
Pero ¿adónde se fué? ¿cuál es su nombre?

III.

Declaración de Carlos.—Es interrumpida por la llegada de dos nuevos
personajes que figuran en esta obra en lo sucesivo.—Un amante
desahuciado.—Un tronera.—Despecho de Carlos.

El noble anciano, Carlos
Y la gentil doncella
Atravesando el parque
A paso lento van:
Brilla en el cielo puro
La vespertina estrella:
Las sombras eclipsando
Bosque y llanura están.

—Aquí, lejos del mundo,
Dice el amable anciano,
Paso dichosos días
De inalterable paz;
Pero a mis caros hijos
De la ciudad el vano
Bullicio y los placeres
Agradan mucho más.

—Papá, razón no tienes,
Diana le responde,
Pues con placer vivimos

En donde vivas tú.
 Carlos, tal voz oyendo,
 Su turbación no esconde,
 Pues era melodiosa
 Cual nota de laúd.

A la mitad del parque
 Iban, cuando un criado
 Que dos viajeros llegan
 Avisa a su señor.
 Y éste dice a los jóvenes
 —No sigo a vuestro lado:
 Vos conducid a Diana,
 Que yo de prisa voy.

Aléjase, y con Carlos
 Al encontrarse a solas,
 Baja la vista Diana
 Con dulce timidez;
 Y del color que tiñe
 Campestres amapolas,
 Tiñese en el instante
 Su alabastrina tez.

Latir el pecho de ella
 Sentía bajo el brazo
 Que para conducirla
 A Diana Carlos da;
 Y aunque él hablar pretende,
 Esle imposible: un lazo,

A su pesar, su lengua
 Aprisionando está.

Caminan silenciosos
 Viendo la luz postrera
 Que en rojo mar convierte
 El horizonte aún;
 Y en el tranquilo espejo
 Del lago reverbera,
 Del astro de la noche
 Luchando con la luz.

—Conque, decidme, os vais
 A la ciudad, dejando
 Que de recuerdos sólo
 Viva nuestra amistad;
 Y a olvido nos daréis,
 No es cierto? —Suspirando,
 Carlos responde:— Presto,
 Sí, tengo de marchar.

Pero ¿en olvido echaros
 A vos, bella Diana,
 Por un momento solo?
 Jamás! lo juro aquí:
 El alma a ciertos seres
 Por olvidar se afana
 Inútilmente: nunca
 Puédelo conseguir.